Comenzó éste á recobrar los sentidos despues de haberle bañado Taydor las sienes y frente con vinagre, sosteniendolo con su brazo izquierdo, y llamandolo á la vida con sus ardientes y amorosas expresiones. Eusebio abre entonces sus ojos confusos y vagos, como ignorando lo que le pasaba, moviendolos á todas partes; fixando entonces su recobrado sentimiento en el llanto y afectos de Taydor, le dice con voz lánguida: ¿qué es de mí, Taydor? Pero luego reparando en el cadáver de Hardyl que tenia al lado, arroja un suspiro vehemente, y cae de nuevo desfallecido en el seno de Taydor, llorando éste, y pidiendo otra vez el vinagre á los labradores.

Pero no alcanzando entonces la fuerza del vinagre, hace traer un barreño de agua fria, en la qual empapando el pañuelo, se lo aplicaba repetidas veces al rostro, con que comenzaba á volver en sí. Mas temiendo Taydor que si volvia Eusebio á reparar en el cadáver de Hardyl, volveria á su desfallecimiento, se lo llevó en brazos á la cama del labrador, ayudado de éste, donde poco á poco llegó á recobrarse enteramente, fortalecido de algunas gotas del espíritu que llevaba él mismo consigo, y que destiló Taydor en una cucharada de agua.

Sintiendose con algunas fuerzas, y recobrado su entero conocimiento: ¿dónde está, Taydor, le dice con voz débil, dónde llevaste mi amado Hardyl, mi tio adorable? ¡ó Dios!.. y prorumpe en llanto. Taydor, que oía llamar á Hardyl su amado y adorable tio, creía que delirase, y asi le dice: Señor, mire Vmd. por su vida; porque á la verdad nos ha tenido en suma agitacion y cuidado. ¡Triste de mí! vuelve á exclamar Eusebio, ¿dónde está? dónde está mi adorable tio? Dimelo, Taydor, llevame allá, para que lo abrace, para que muera, si puedo, en sus brazos, pues haceseme odiosa la vida. Por Dios, señor mio, no quiera Vmd. exponerse otra vez al peligro en que lo hemos llorado, le decia afectuosamente Taydor: espere Vmd. que venga el médico y cirujano, pues poco podrán tardar. No es posible, Taydor: quiero ir allá: quiero verlo, decia Eusebio: dame la mano.

Viendo Taydor que se levantaba de la cama, quiso oponerse de nuevo con respetuosas instancias; pero venciendo la ardiente porfia de Eusebio, hubo de ceder, acompañandolo hasta el cadáver de Hardyl. A su vista, cobrando fuerza su dolor y sus afectos,

y comunicandola á su cuerpo, póstrase de rodillas al lado del cadáver; é inclinandose un poco, con las manos cruzadas, cayendole un rio de lágrimas de los ojos, comenzó á decirle: ¡ó varon digno de la veneracion de la tierra que no te conoció, y digno de las adoraciones de éste tu amante sobrino, que solo te pudo conocer en la muerte! recibe de él, de todos sus mas ardientes sentimientos y afectos, este tributo debido á tu sublime virtud y sabiduría.

¡Cielos! ¿cómo pudo resistir la fortaleza de tu corazon á los impulsos del afecto, para dexar de hacerme una declaracion, á que te forzaban en tantas ocasiones todos los sentimientos de aquel puro y santo amor con que me mirabais como á hijo que hubieseis engendrado? ¿Mas, por qué! ó cielos! por qué ocultarme un secreto, que hubiera sido mi mayor consuelo en la tierra? por qué encubrirlo á Enrique Myden, quando te me entregó para que me educases? por qué encubrirlo á mi niñez, quando trabajaba contigo en la tienda? á mi mocedad, quando la pasé contigo en las desgracias que sufriste por mi amor, para fortalecer en ella mi flaca virtud con tus exemplos y consejos? ¡Todo, todo me falta contigo! todo lo perdí con

tu vida! ó cielos! ¿por qué me robasteis mi Hardyl?

¡O mi padre! ó mi consolador en la tierra! ó dulce amparo de mi vida, y guia de mis errantes pasos, entre los errores y riesgos del mundo, y de los engaños de los hombres! Tu esplendor estinguido me dexa expuesto en las tristes tinieblas que agravan mi dolor, qual purisimo lucero ofuscado á la vista del perdido caminante en medio de su peligrosa carrera sembrada de escollos y despeñaderos. ¡O, si á lo menos hubieseis llegado conmigo al puesto, donde el amor que purificaron tus consejos, me esperaba para ceñirme la corona de la dicha en el altar del himeneo! mas ahora sin tí, sin aquel puro y santo gozo que infundia tu presencia y compañia en mi alma, á mis sentimientos, triste, pesaroso, abatido, ¿qué dicha podré esperar cumplida en el suelo? cómo la podrá esperar de mí Leocadia? ¡ó Leocadia! ó amor mio! perdiste tu libertador, y yo lo perdí tal vez todo en aquel á quien te debo. No, no verás mas á tu buen Hardyl, cuyas máxîmas te eran respetables, y cuya bondad adorabas.

¡O cielos! ¿merecí por ventura que descargarais sobre mí, en vuestro poderoso ri-

gor, este terrible golpe? ¿por qué, por qué la muerte, si fue mensagera de vuestras iras, no vibró el dardo contra mi pecho? ¡ó Dios! ¡ó cielos! respeto, respeto vuestros inescrutables designios. ¡Qué mortal se atreverá á sondearlos en el exceso de su dolor! adoro y beso con llanto, y traspasado mi corazon de sentimiento, la mano omnipotente que rompió el velo mortal, que detenia en la tierra, superior á toda ella, aquel espíritu que lo animaba, acreedor al trono de gloria, que su excelsa virtud le preparaba en el esplendoroso seno de la inmortalidad.

¡O grande, ó sublime Hardyl, á quien veneré en vida, y cuyos tristes despojos exîgen todavia mi veneracion, aunque yertos! ¡triste de mí! é insensibles á mi justo dolor, á mi ardiente é inconsolable llanto! derrama desde el cielo los destellos de la luz celestial, que te corona, sobre mi alma abatida, y circundada de tristisima noche, para que alumbrada y fortalecida de ella, experimente que no desamparaste enteramente á quien te invoca, á quien educaste con los consejos y máxîmas de tu sublime virtud y prudencia, y con los exemplos de tus santas costumbres, tanto mas adorables, quanto menos conocidas.

Con estas y otras muchas exclamaciones,

acompañadas de llanto y de gemidos, aliviaba Eusebio el sentimiento entrañable que lo trastornaba por la pérdida de su adorable Hardyl, quando llegaron su apoderado y Altano. Ellos, impacientes, se habian adelantado al médico y cirujano que los seguian; y descubriendo á Eusebio que estaba de rodillas, con las manos en cruz, arrimadas al pecho, regando su rostro las lágrimas junto al cadáver de Hardyl, sin acabar sus lamentos, quisieron distraerlo, acercandose para darle aviso de su llegada. Aunque á su vista prorumpiese Eusebio en mas fuertes sollozos, eran bien inferiores á los que daba Altano, y á las dolorosas demostraciones que hacia ante el cadáver de Hardyl, besandole los pies, y dandole en sus rudas expresiones, respetuosos reproches, por haberse encubierto toda su vida á su señor Don Eusebio.

Habia sabido Altano esta circunstancia antes de llegar á la casilla; y como siempre lo habia tenido en su concepto por artesano, y mirádolo como tal, dispertó en él este descubrimiento la veneracion y respeto que no habian podido merecerle sus costumbres y porte, comunes á los demas en apariencia, y que solo se hacian ahora sublimes á sus ojos, cotejandolos con su nacimiento y caracter;

mucho mas por haberlo tenido encubierto toda su vida á su mismo sobrino, cuya afliccion y postura, contribuyó tambien para que Altano se enterneciese y prorumpiese en iguales lamentos, haciendolos desistir de ellos la llegada del médico y cirujano.

Estos, ayudados del apoderado, consiguieron hacer levantar del suelo al tristisimo Eusebio, despues de haber éste besado varias veces los pies del difunto Hardyl. Ya en pie Eusebio, antes de perder de vista al cadáver, de que no podia desprenderse, alzando los ojos al cielo: ¡ó Dios, exclamó, á quien me habeis robado! qué pérdida me será ya sensible en la tierra! y prorumpiendo en nuevos sollozos, se dexó llevar al quarto del labrador, donde exâminó el cirujano la herida que habia recibido en la cabeza, y la contusion, que comenzaba á darle agudo dolor en el brazo; pero mientras lo curaba, tuvo la advertencia el apoderado de hacer exâminar al médico el cadáver de Hardyl, para que Eusebio no estuviese presente, y halló una fuerte contusion en el pecho, de donde infirió la rotura de algunas venas internas.

Aunque Eusebio, despues de curado, no queria desamparar el cadáver ni la casilla hasta que no lo llevasen á enterrar, su

apoderado se prevalió de los mismos deseos que Eusebio manifestaba de que fuese solemne el entierro, para llevarselo á S. . . y apartarlo del cadáver, no habiendo ninguna comodidad en la casa del labrador para pasar aquella noche: consiguiolo finalmente, uniendo el médico y cirujano sus instancias. Y así, despues de haber desahogado de nuevo su dolor y ternura en el cadáver, encomendandolo con lágrimas á Taydor, partió en el calesin que habia traido su apoderado, no pudiendo servirse del coche, que habia padecido mucho en el vuelco: arrastraronlo con todo hasta S. . . los cocheros con los tres caballos, desamparando en el camino al que habia muerto de la cornada.

Con tan siniestros agüeros entró Eusebio en su patria, habiendo perdido su adorable Hardyl, expuesto á perder tambien la herencia de sus padres, que su tio paterno le contrastaba. ¿En qué bienes de la tierra podrá el hombre asegurar su confianza?

FIN DE LA TERCERA PARTE.

ERRATAS.

PAG. 108. lin. 16. e, lease *es*. pag. 163. lin. 1. arreciendosele, lease *arreciandosele*. pag. 257. lin. 17. aqnellos, lease *aquellos*.

BUR
ngel Frías
U
DE ADQUISICIÓN
DONATIVO

ASUNTO